

FICCIÓN

POSADAS

Cuento ganador del Concurso “Leónidas Lamborghini”
(Municipalidad de Hurlingham, 2016).

Rocío Kirik

Nació en 1993 en Villa Tesei,
Hurlingham. Es Profesora en
Lengua y Literatura.

Pienso en ella y en mí con la frente apoyada en la ventana, el peso de la pierna en una cadera, el silencio del pasillo. Afuera es septiembre. Yo/ella nos imaginábamos a estas alturas felices, sin cables, ni sondas. Soñábamos conmigo. Aquella pensaba en mí todo el tiempo y ahora no puedo dejar de pensarla por más que quiera. Estoy parada ante la ventana con la bolsita puesta en la mano porque no me acostumbro a atarla igual que hace algunos años, ella también la tenía puesta, mi perra saltaba a la cama, pero nunca se la arrancaba.

En la otra punta del barrio veo el Hospital de Haedo. Nuestro tío que una vez se escapó de acá y fue a parar allá. Pero yo soy más dócil que él. No tanto como ella que hizo que mamá nos dé un cachetazo cuando tiró de la sonda que tanto le molestaba para olvidarnos por un rato del dolor. También se ve la autopista.

Y sé que por lo menos no tengo que usar ropa ajustada, ni peinarme. Cosas que ella también odiaba a sus siete años cuando mamá me retaba por ponerme/ponernos ropa de todos colores como payasos. Me di un poco de pena las dos o tres veces que me mostraron un espejo. Eso me hace acordar a no sé si una película o una serie que aparecía una actriz haciendo de Evita que hablaba de los tobillos. Tenía los tobillos flacos y decía que ahora sí la iba a querer el General más que a la otra.

La semana pasada vi el sol después de treinta días y lo único que sentí fue la irritación en los ojos como el esclavo de Platón. En cambio, sí me dio alegría volver a comer. Y de esto, ella ya no sé acuerda, porque nunca pasó tanto tiempo adentro. Encontré una rutina para administrar el tiempo gracias a la comida. Me levantan muy temprano. A las seis de la mañana prenden las luces los médicos que traen el parte. Nos hacen curaciones. O sea, aprietan la herida para que supure el hueco que dejan abierto para controlar. La vez que salió verde mi cirujano abrió los ojos grandísimos mirando a mi panza, a mí y a mi madre.



Y yo le devolvía las miradas a él, a mi panza y a mi madre. Por ese líquido verdoso hace tantos días que estoy acá.

A las once me traen té o mate cocido con unos paquetes de tostadas y potes miniatura de mermelada. Me decepciona que no haya sorpresa en eso, porque el almuerzo te puede sorprender, pero el desayuno siempre es el mismo, igual que la merienda. A ella no le gustaba para nada la comida de acá, estaría desilusionada que ahora nos guste. Aunque en terapia me daban de todo para comer. Me lavaban el pelo también. Yo casi que me moría, pero estaba lo más bien. Con el fentanilo viajaba dos o tres veces por día, me daban rescate para el dolor y cambiaban las sábanas todos los días. Ahora que estoy mejor... dejémoslo ahí. Decía que la comida estructura el día. 11 a. m. desayuno, 12 p. m. almuerzo, 3 p. m. merienda, 7 p. m. cena. De las once de la mañana a las siete de la tarde se pasa volando el día. Me acostumbré rápido a comer a las siete.

Entonces tenemos ocho horas (de once a siete) que son intensas, una tostada por acá, un puré de zapallo por allá, y se me fue el día. Pero de las ocho de la noche a las seis de la mañana se entra en otro estado de conciencia. No puedo lloriquear porque me hacen la psicológica. Entonces no me quejo más, porque: uno; hay gente peor; dos, niños de menos de diez años la aguantan mejor que yo; tres, dejá dormir al resto. Por eso algunas noches lloré en silencio para que no escuchara mi mamá, ni el resto de mis compañeros de celda. Lloré salada y moquienta. Pedí no vivir más. Pedí nacer en un cuerpo sin drenajes, sin sondas, sin jeringas, sin alimento por nariz. Pedí cosas imposibles, porque no sería yo/ella. Después vuelvo a saber que a ella la retaban igual cuando tenía siete y creía que no iban a haber más razones para llorar, pero yo le fallé.

Pensar o meditar sobre una cosa es una rutina aparte que me inventé. Pero abandoné la de imaginar coreografías. Me ponía auriculares, escuchaba y planeaba cosas masivas, *happenings*, libertad de cuerpos escandalosos, con los tobillos gordos de Eva y mi cara de lástima. La vida en imágenes la ejercité más en terapia porque veía solo una vez al día gente que no fuera mi compañero baleado, la mujer inconsciente que levantaba la pierna cada tanto o el NN intubado.

A ese lo vi morir una noche. Creo que era un linyera.

El contador de la respiración, o sea el saturador de oxígeno, funciona como en un juego de preguntas y respuestas. Se te termina la vida cuando llega a cinco, cuatro, tres, dos... uno. ¡Cero! Y los números están remarcados con círculos que cambian del verde al rojo, como los desaprobados del uno al tres, y los del cuatro al seis. Del siete para arriba también están en azul que es el color del aire que nos faltaba. Estábamos solos. Y traté de gritar ¡doctor!, pero en mi abdomen los drenajes me cortaban el respiro. No dejé de mirar un segundo cuando vinieron re panchos. No había nada que hacer. Casi no lo miraron. Se fueron. Y un gordo llamó a la morgue del hospital. “Tenemos un fiambre”. Nadie lo lloró. No había gritos, ni parientes echándose culpas, ni agarrando uno a otro porque “me tiro, me tiro”.

Me despego de la ventana y me siento en el banco de madera del pasillo. Al final de él viene caminando uno de los cirujanos entre las paredes revestidas de humedad y la cerámica amarillenta de mal gusto que se parece a los nichos del cementerio de Morón. Se me suben los rojos a la cara porque es el momento de levantarse sin parecer mi abuela. Me cagan a pedos si llego a levantarme como una vieja chota, o si encorvo la espalda.

Así que despego el traste rápido, ágil y trato de enderezarme. Viene a sacarme la última sonda y a enseñarme cómo usar el catéter intermitente.

Mi mamá duerme en la silla toda retorcida con una campera encima, la despierto y ya sé que va a abrir los ojos asustadísima y mirar para todos lados hasta que entienda dónde está. Me siento en la cama y subo las piernas sola, pero si no estuviera el doctor pediría ayuda para hacerlo.

Saca la sonda que ya estaba casi salida de estar cuarenta días ahí, me alivio porque las recientes son un dolor muy fuerte cuando las sacan. El primer intento salió bien. Me queda una hora para volver a hacerlo hasta que se normalicen las cuatro horas.

La semana pasada vi el sol después de treinta días y lo único que sentí fue la irritación en los ojos como el esclavo de Platón. En cambio, sí me dio alegría volver a comer.

Este es mi primer momento de un cuerpo sin agujas, ni suero, ni cables después de tanto tiempo y me retuerce el estómago, acelera el pulso y quiero bajar al pasto para consumir un poco de vitamina D del sol.

Algunas cosas me olvidé ya, pero una vez, la Avenida Vergara estaba espectacular. Podía parar la vista entre la gente y mirar a todos lados. La realidad pasaba finito por los costados. Corría un trescientos-tres, mientras mamá y papá se subían al bondi y me dejaban. Por el medio de Vergara, el medio. La velocidad de los autos no me distraía porque íbamos a la par empujando el cemento, me tiraban una soga y yo estaba subida a la patineta de Marty Mcfly. Sonreía y dejaba los brazos bien firmes en el hilo que agarraba fácilmente, liviano. Se habían subido a la altura del Carrefour y ya estábamos por el Jumbo. Iba esquivando mejor que en un videojuego, porque la tabla se balanceaba y pasaba con precisión, como si tuviera calculado cada milímetro. El colectivo frenó y yo reboté contra la parte de atrás en un segundo. Sentí cosquillas en la panza, el estómago me bajaba por un tobogán, veía los pies en la cama, otra vez el hospital y un sueño profundo. Eran pocos los momentos que me despertaba del todo, la mayoría de las veces no diferenciaba lo que pasaba de un

día a otro, me acuerdo salteado, difuso, pero los sueños eran bien nítidos, inolvidables.

¿Alguna vez te metiste en un merengue gigante? Yo nadé en una cosa así. Era como gelatinoso y ondulado. Los rosas y blancos de una merengada los veía en una caída que no terminaba más hasta tornarse difusos los colores. En esa tuve miedo, parece una pavada porque en medio de la Vergara no me temblaba nada, pero en el merengue... no sabés. No había límites, no sabía a dónde iba a parar, nada más caía. Pero nítido, bien nítido. Ya te habrá contado alguien alguna vez que tuvo un sueño que le pareció muy real, pero esto es otra cosa. Fue tal cual. Si lo recuerdo estoy ahí. Soy yo la que caigo, no esa cosa medio separada de los sueños. En cada alucinación siento mucha adrenalina que jamás viví en la vida corriente, esa de autopistas, peinados, ropa ajustada y horarios. Jamás había pasado antes por tanto merengue y patineta suspendida como en ese tiempo, tampoco volví a sufrir tantas sondas metidas en mil orificios... si la vena aorta del cuello para el suero puede ser considerado algo así. Cuando volví a la vida cotidiana empecé a preocuparme de vuelta por el pelo suelto o atado, que me entrara el jean de hace algunos años, llegar a horario, pagar el gas o comer.

¿Viste que dicen que cada casa es un mundo? Ahí cada piso es un universo. Primero caí en el tercero, de ahí a terapia, después al cuarto y por último al sexto. Todos conocen el fantasma del séptimo. Allá cayó Alfredo, después te voy a contar de él. Dicen que van los chorros, pero también los infectocontagiosos y las malas lenguas, los que pagan. Tengo una tía que estuvo en el séptimo y decía que había sillones para los que cuidan al enfermo. Sillones. ¿Sabés los dolores de espalda que tuvo mi mamá después de meses cuidándome? Y la comida. Antes les daban a los acompañantes, ahora ya no. Pero ahí dan lo mejor. O eso dicen, cuando me acuerdo que mi tía estuvo, se le va un poco el misterio. Te nombré a Alfredo. Fue compañero en terapia y viste que no dividen hombres y mujeres entre los terminales. Fue una casualidad, porque cuando estuve en el tercero, escuchaba sus gritos de al lado. La misma tarde que me trasladaron, después de la segunda operación, vino conmigo a la terapia. Los primeros días yo casi no estuve consciente, por eso no me acuerdo mucho de cómo empecé a hablarle, pero en un momento me di cuenta de que era el único compañero que no estaba en coma. Tenía veinticuatro, pero parecía de treinta. Hecho pelota el flaco. Alfredo vivía en la Carlos Gardel y tenía una biblia en su cama. Afanaba, pero no dejaba de citar a Dios. Me contó que lo baleó la familia de su novia. No me acuerdo mucho por qué, no le prestaba atención a la historia porque no le creía, aunque me gustaba su respuesta a todo: "que lo juzgue Dios". Gritaba mucho, llamaba a la enfermera cada cinco minutos y ellas le decían que mire que bien me portaba yo con dieciocho años... parecía que era la abandonada del dolor.

Nos dábamos aliento, me escuchaba porque yo no lo comparaba, le decía que lo entendía, que sabía del dolor de las sondas, pero que no pida *rescate* cada dos minutos porque no iba a disfrutar del efecto. En el tercer piso había sido leyenda, tomó agua cuando no podía, se arrancó una sonda y terminó ahí conmigo. Mi tía abuela me vino a ver un día en el horario de visita y dijo “un chari”, ¿qué?, “un cabecita negra”, me repitió. Me quería esconder abajo de la sábana y que lo deje de mirar. Vomité. Vomitaba mucho en esos días.

Mi mejor compañera fue Paola. Del sexto. Era una treintañera morocha, re flaca, caminaba con el pañal y el palo del suero, a veces fumaba marihuana en el baño, de noche, con la amiga. Se dedicaba a poner paneles solares, había vivido en España desde la crisis del dos mil uno y se volvió sola porque no le gustaba la gente. Me contaba que en los boliches por cualquier cosa te meten preso por disturbio o que los médicos prohíben a los padres darle Coca-Cola a los nenes. En ese tiempo, de casualidad yo tenía un celular con un *ringtone* de “Ska-p” y ella se reía, me encantaba. Terminó en el hospital porque el novio le pegó una piña haciéndole pelota no me acuerdo si el riñón o la vejiga, pero fue tan grave que tenía para rato adentro. A la mayoría de la gente yo la veía irse. Se hace imposible no sentir aunque sea un poco de enojo, envidia o tristeza cuando se te va el compañero de pieza, que siempre son cuatro, pero nunca te acordás de más de uno. Muchos entran y salen, están de paso, somos pocos los que nos quedamos y nos dan celos.

Cada vez que alguien arma un bolso, querés ser vos y no sos ese. Pero esa vez me tocó a mí y Paola se puso a llorar. Nos pasamos los números y nunca nos llamamos. A veces pienso que la veo en un bondi, era de acá nomás, de Castellar. Me pregunto si estará bien, si habrá sobrevivido, si ya no va a salir con ningún enfermo. Capaz se fue a España, qué se yo.

No sé qué más contarte de él que te pueda servir. “Él”. Adentro los médicos, médicas, enfermeras, enfermeros, limpieza y demás, le dicen “El Hospi”. Voy “al Hospi”, vengo del “Hospi”, andá al “Hospi” que te atiende.

Pero por fuera es “El Hospital”. Cada vez que paso por la autopista desde el cincuenta y siete y lo miro, yo le sonrío. Pero a los dos años, o los tres, cuando el fitito de papá pegaba la vuelta en la Gaona, yo me ponía a llorar antes de que aparezca la mole delante mío. ¿Te imaginás pasar algo así en *Lospitalito*? No pasaba la semana. Pensar que, de Udaondo, pasando por Barrio Roca, a Hurlingham y Tesei, tenemos el mismo colectivo para ir al Posadas, lo reventamos de gente. No hace falta preguntar. Si dicen que fueron al hospital acá, se refieren a él, pero si dicen “*lospitalito*” es el de acá. ¿Vos viviste acá una vez? Fuimos más famosos por ser el hospital con un solo médico que por Luca Prodan.

¿La última vez que fui? La semana pasada. Permiso. Salto un escobillón gigante para atrás.

En la espalda “Floor Clean S.R.L”, uniforme azul y rojo. Vi muchas cosas, nunca me imaginé esta. Miré a la chica con la boca abierta. Miraba para que me miren y me digan “sí, no puede ser”, pero nadie se sumaba a una queja cómplice de vieja. En los noventa, mi vecina que es doctora salía en la tele a hablar. Era nuestro orgullo del barrio. Lili. Nos atendía en pediatría cuando tenía un minuto. Y nunca tenía. Me mal acostumbraron. No saco turno. No es humano después de tantos años. Pero cuando tengo que ir a otro lugar y hacerlo, lo extraño. Ahora lo quiero, antes lo odiaba. Lloraba. Como Garfield yendo al veterinario. Pero con el tiempo se me infló el pecho... pensaba que era natural ir un lugar y que muevan cielo y tierra para curarte cuando no había más que diez casos en el mundo. Era normal. Y yo lloraba por los pinchazos, por el dolor y las sondas. Y lo odiaba. Con el tiempo supe lo que hay que saber. Aprendí a indignarme.

Tenía veinticuatro, pero parecía de treinta. Hecho pelota el flaco. Alfredo vivía en la Carlos Gardel y tenía una biblia en su cama. Afanaba, pero no dejaba de citar a Dios. Me contó que lo baleó la familia de su novia.

Como vieja. Hablo en los pasillos. Defiendo, ataco. No, no fue una casa. Porque en general más que una madre no conoce nadie tanto de vos. Y ahí veía gente todos los días que me miraban los órganos. Yo miro a algunos doctores y pienso “estos me conocen el intestino, qué vergüenza”. Entré en ese entonces en desventaja, me fui olvidando de mí. Yo, nada. En la cama llorando mientras los demás hacen. Eso fue lo más difícil. Después de muchos años me di cuenta de que me costaba decir si blanco o negro por esa estadía. Después de mucho, muchísimo entendí que tenía que hacer yo lo que hicieron por mí. Completar su obra, sin ser Frankenstein hijo, que no tenía nombre, porque adquirió el de su padre. ¿Sabés lo que es mirar a una persona y saber que mi corazón bombea, mi riñón procesa pis, y mis pulmones sacan CO2 gracias a él? Nunca me animé a decirle “gracias”. Le hice una agenda. Le devolví un abrazo. ■